OCASO

¡Pobre muchacha! Ella sabía muy bien que sus días estaban contados y, como deseosa de acabar pronto la penosa jornada, á fin de descansar para siempre, no se recogía... Pasaba las noches en los cafés... Sin hacer caso de amistosas advertencias, emprendió una carrera desenfrenada que forzosamente tenía que ser breve...

La ví algunos días antes de que muriera: hermosa siempre... Parecía de cera con su blancura mate, con sus labios pálidos, con

sus ojos negros, rodeados de obscuros círculos que ahondaba la muerte... Era á la salida del teatro y estaba en el café como de costumbre. Enfrente de ella reían con sonoras carcajadas algunos jóvenes, y uno de ellos la miró atrevidamente, llamando la atención de sus compañeros... Ella correspondió con un asomo de sonrisa... con una mirada tristona... postrero relumbrar de su ingénita coquetería... coquetería crepuscular, dolorosa, fatídica... ¡la coquetería de la muerte!

EL PERDÓN

Si la ley no era infalible ¿por qué se aplicaba á los hombres? Si establecía la justa pena ¿por qué el perdón? Si por encima de la ley escrita había otra más santa, más justa, sobraba la ley escrita que, en este caso, era inmoral.

. . . . . .

Existía el perdón. La piedad, como ley divina, estaba por encima de la ley de los hombres... ¡santa ley la de la piedad! Pero ¿por qué, siendo tan buena que se sobreponía á la

otra y la anulaba, sólo la ejercían determinadas personas y en contados casos? Siendo tan buena, ¿por qué no hacerla grande, ejerciéndola todos, consagrándola todos? Siendo tan santa, ¿por qué no aplicarla siempre? Si era superior á la ley escrita, ¿por qué no hacer de la ley de piedad la única soberana ley? ¡Qué gran ley, la piedad ejercitada por todos, aplicada á todos los delitos!

. . . . . .

¡Bendita piedad escarnecida! Invocada inicuamente!... No estás tú en los corazones de los que te invocan, cuando regatean el perdón, cuando necesitan que se lo imploren y no lo dan, munificentes, á todos, sinó á unos cuantos privilegiados también ¡que también para el perdón hay privilegiados!

. . . . . .

Dos reos iban al patíbulo, y un grito de piedad, sincera, clamó perdón... Imploraban